

quistarse por entero nuestro cariño. Así, les deseamos prosperidad y bienandanzas en su peregrinación por los centros de España, expresándoles también nuestro deseo de verlos de nuevo por aquí, para gozar las facultades de su arte y las bondades de su trato.

El B. A.

DE MI PUEBLO
LA DEMOCRACIA

Nos han hecho saber en la redacción, ciertas infracciones cometidas con el agua en Ceñín por personas de alta gerarquía; espéremos con calma si, a ver que correcciones les imponen a esos señores.

Pensamos algunas veces—mal pensado—en que las calamidades de esta villa desdichada, podrían desaparecer, si nuestros administradores castigasen con mano dura a los primeros en cometer abusos e infracciones con el agua, como también en otros asuntos. Pero si en vez de hacerlo así, lo que hacen es dar mal ejemplo, faltando ellos los primeros, ¿qué remedio podemos esperar?

¡Ah! hijos de mi pueblo, que triste es esto.

Qué moral más hermosa para que aprendan de ella, las clases necesitadas; los pobres faltos de sustento, los que no tienen más medios de vida, que las plantas, ya casi secas, por falta de agua, de ese bendito líquido, vida de nuestro pueblo, que llevan y traen a su capricho los privilegiados, para mejoramiento de su triste situación.

Ya lo sabéis, vosotras clases necesitadas, jamás abusareis; guardaos muy bien de hacerlo, porque vuestra venida al mundo, fué acompañada de la pobreza, y la pobreza no puede abusar, tiene que dar el buen ejemplo y pasar por todas las desdichas. ¿Qué queréis; las cosas de la vida! El mundo que está así!

El remedio de estos tan grandes males, no se puede alcanzar sino con la unión del pueblo; que se asocien todas las clases altos y bajos, sin aspiraciones ruines, en los primeros, que pudieran engendrar la duda en los segundos, y una vez todos reunidos, se impondrían y no habría más camino que ser atendidos en la justa demanda de sus aspiraciones.

Difícil es la unión del pueblo, tan difícil que ya hemos visto, como grandes señores, siempre partidarios del Sindicato de Riegos, se niegan hoy a firmar para que se pueda llegar a la reorganización del mismo.

No intentemos nada; no demos paso alguno, hacia la regeneración de nuestra amada villa, pues todo es inútil; sigamos con resignación sufriendo esos hechos abusivos; sigamos con esa libertad, con esa Democracia, asombrando la faz del mundo.

GABRIEL G. FOMBIERES.

DECEPCION

Muchos años han transcurrido desde que me sucedió lo que voy a relataros, y en un solo momento, desde

entonces, he dejado de tenerlo presente en mi imaginación.

Corría a la sazón el mes de Diciembre, y hacía una noche tenebrosa de rugiente tempestad. En el viejo reloj de la plaza de la Constitución habían sonado las doce, anunciando la campaña con su metálica lengua que el monstruo de las tinieblas iba por la mitad de su reinado. El cielo se hallaba cubierto de grandes nubarrones, que cual negro sudario sumían al mundo en tétricas horas de duelo. Ni una sola estrella brillaba en el firmamento y la horrible tormenta que se cernía sobre nuestras cabezas amenazaba desvastarlo todo, hundiéndolo a la población en la miseria. Los relámpagos y truenos se sucedían con abrumadora frecuencia, con resplandores de sol los primeros, con estruendo infernal los segundos. En aquella hora solemne, hora en la que, según cuentan viejas historias, solían las brujas y duendes celebrar sus fiestas y danzas macabras en el espacio, yo me encontraba en mi casa, completamente embebido en la lectura de las poesías del inmortal Zorrilla, cuando vino a sacarme de mi abstracción un quejido lastimero, un ¡ay! terrible de esos que anuncian la agonía de un semejante nuestro y ponen frío en el corazón al más empedernido de los criminales.

Como movido por una descarga eléctrica, pensando sólo en que si perdía algunos segundos, acaso llegaría tarde para auxiliar al que, seguramente, yacía moribundo a la puerta misma de mi casa, me lancé a la calle, corriendo a la velocidad que mis juveniles piernas me permitieron.

Tendido sobre el húmedo suelo, lleno de lodo y manando abundante sangre por una ancha herida, encontré a un hombre, joven todavía, el cual, al distinguirme a la escasa luz de una farola, me pidió con débil voz que le amparase, que no lo dejase morir en medio del arroyo.

Comprendiendo que para salvar a aquel desgraciado no había tiempo que perder, lo cogí en mis brazos, resueltamente, y entrando con él en mi domicilio lo acosté en mi propio lecho; donde con ayuda de mi familia lo vendé del mejor modo que pude.

Sali de nuevo, regresando bien pronto acompañado del Doctor K..... A quien había ido a buscar, y el cual, desde luego, se encargó del enfermo, dictando, seguidamente, sus primeras disposiciones. Pero, a qué molestarnos con el relato de tan larga y penosa dolencia. Bástenos saber, que durante un mes sostuvo una lucha titánica con la muerte, y que al fin, la naturaleza eficazmente ayudada por la ciencia venció, y nuestro hombre restablecido ya, abandonó mi casa donde con el mayor esmero se le habían prodigado toda clase de cuidados.

A los seis años justos, día por día, una noche, también tempestuosa como la de mi cuento, próximamente a las doce, me dirigía a mi morada, cuando súbitamente, fui acometido por un criminal que puñal en mano, pretendía asesinarme para apoderarse de las pesetas que yo pudiese llevar. El

instinto de conservación me dió fuerzas y tras una lucha corta, pero desesperada, pude dominar a mi enemigo y apoderarme del arma fatal. Entonces, a la luz tenue de aquella misma farola, que en noche memorable nos alumbrara, testigo mudo, de semejante hazaña, pude ver el rostro del miserable y, cual no sería mi asombro, al reconocer en el asesino al mismo que en aquel sitio y a la misma hora, salvó yo seis años antes de una muerte segura.

Desde entonces creo firmemente que son más agradecidos, más nobles y más humanitarios que los envilecidos europeos, los indios salvajes que habitan en las vírgenes selvas del Chaco Americano.

FRANCISCO REYES.

QUERER ES PODER

Existe en este pueblo, casi en general, el prurito de desprestigiarlos, (creyéndonos incapaces de hacer nada bueno) no tan solo a nuestra propia vista, al que también (y esto es lo más sensible) a la de los forasteros, con quienes tenemos que tratar.

Cuando se entabla una discusión cualquiera sobre si es ó no posible hacer tal ó cual cosa, contando para ello con los recursos propios del pueblo, si el que sostiene que no, sale derrotado y no quiere darse por vencido, puede tener una retirada gallarda con sólo decir—estoy conforme en que se puede hacer, pero sería en otro pueblo que no fuese el nuestro—soy de la

misma opinión exclamarán a coro los que antes le combatían. Y yo pregunto ¿por qué ha de ser esto así? ¿qué implica esta conformidad? Yo creo que esto no es más que falta de fío y entusiasmo; falta motivada por la creencia errónea de que este pueblo no tiene fuerza ni medios por sí solo para sostenerse. No es esa mi creencia, al contrario, creo firmemente que a esta Villa le sobran recursos para hacer muchas y buenas cosas, siempre que sus hijos cobren alientos y salgan de esa apatía tan perjudicial en que todos estamos sumidos.

Una población que cuenta con una vega tan hermosa, con un campo tan extenso y con una sierra tan rica, no puede ni debe llamarse pobre, pues esto sería lo mismo que decir que sus hijos no son trabajadores ni industriales. ¿Y esto podríamos decirlo sin faltar a la verdad? No, ciertamente. ¿No es laborioso un pueblo en el cual trabajan, no tan solo los hombres si que también, los «ratones» y «conejos?»

Sacudamos, pues, nuestra pereza, reavivemos nuestro espíritu y hagamos ver a quien nos mire (sea con un ojo ó con dos) que Dalfas, si bien es tolerante y bueno, no lo es hasta el extremo de que merezca ser calificado de un modo que lo denigre y avergüence.

Nota: Al terminar este trabajo, un amigo que está a mi lado, canta no sé por qué, la siguiente copla:

«Mientras el puesto ocupó